Las señoras veian el ataque desde la azotea de la casa, y percibieron perfectamente lo que acontecia.

La esposa de Edmundo cayó desmayada en brazos de Margarita.

El general regresó consternado, y al siguiente dia salió para la campaña.

CAPITULO III.

Siguen las peripecias de la revolucion.

I.

La lucha se habia ensangrentado de una manera terrible: los realistas querian dar el último golpe al gran movimiento revolucionario, y sus últimos esfuerzos eran rudos como los golpes de la tempestad.

Los insurgentes peleaban con la desesperacion de la agonía, y la muerte cernia sus alas sobre la vasta estension americana.

El general Guerrero era el hombre de aquella engustiosa situacion, su existencia era el para-rayo en la tormenta desencadenada.

Perseguido de los suyos por esa fiebre contagiosa de la ambicion, se encontró rodeado de un grupo de valientes, decididos á sacrificarse por él, era la lucha gigante de independencia.

El bravo suriano habia llegado á las orillas del *Tacachi*, en cuyas aguas apagaron su sed los sudorosos corceles de su tropa.

El enemigo le venia siguiendo la pista muy de cerca.

Un esplorador le anunció que los realistas estarian bien pronto sobre su campo.

Guerrero se encaminó al cerro de Papalotla, y tomó posesiones para hacer un último esfuerzo, seguro de ser derrotado; para él era ya una carga pesada la existencia.

Setecientos hombres mandados por Peña, acamparon frente al cerro, es decir, la derrota y la muerte estaban al frente de los surianos.

Retroceder, era imposible; desbandarse, era buscar una muerte segura y anticipada.

Los que se hallan encontrado en esos lances supremos de la vida, saben que el corazon busca por instinto algun augurio, y es que el hombre apela al misterio, cuando la realidad aparece desgarradora ante sus ojos.

Guerrero meditaba sobre el partido que debia tomar en aquellas circunstancias, cuando se dirijió á él un jovencillo suriano.

—Mi general, vengo á pedir un favor.

El general esperó á que hablase el muchacho.

—Quiero suplicarle á su merced, me regale el *tambor de cobre* que les vamos á quitar á los realistas.

La súplica de aquel niño era tal vez un aviso del cielo.

—Concedido, dijo Guerrero.

El muchacho se fué saltando de júbilo.

Las horas avanzaban, y al amanecer los insurgentes serian atacados irremisiblemente.

Guerrero reunió á sus soldados, y con el acento de la verdad les dijo:

—Tenemos al frente un enemigo poderoso, sus armas no pueden compararse con las nuestras, y su número es superior; no veo en las manos de mis soldados, sino pedazos de madera arrancada á los árboles de la montaña, ¿es esto suficiente?

Todos guardaron un silencio religioso.

Guerrero continuó:

—La fuga es la muerte, la lucha una locura.

Los soldados comprendieron perfectamente todo aquello.

—Nos queda un recurso muy aventurado por cierto; pero el único en circunstancias como esta.

—Morir matando, dijo uno de los oficiales.

—Sí, morir matando . . . ¿puedo contar como siempre con la decision de mis soldados?

—Como siempre! gritaron los surianos.

—El fuego contra la madera, el fusil contra el palo.

—No importa, volvieron á gritar los insurgentes.

—Entonces, á morir!

Formóse la pequeña espedicion armada de garrotes y algunos machetes, y descendieron á los márgenes del Tacachi.

Guerrero fué el primero en lanzarse al agua y atravesar á nado la corriente.

Los soldados lo imitaron con un arrojo desmedido.

Acercáronse al campo de los realistas, que dormian soñando en su próxima victoria, y cayendo sobre ellos como el rayo, comenzó un combate terrible entre las tinieblas.

Desordenóse el ejército realista, y comenzó la dispersion mas escandalosa.

Los insurgentes se apoderaron de las armas, y acuchillaron á su sabor al enemigo, que huia en todas direcciones.

El crepúsculo alumbró el campo de batalla sembrado de cadáveres.

La victoria habia coronado con sus laureles la frente osada de aquellos aventureros del heroismo.

Cuatrocientos fusiles, un gran número de prisioneros y los bagajes todos de los realistas, formaron el espléndido botin de aquella atrevida jornada.

—Mi general, aquí está el tambor! gritaba un muchacho mostrando la caja á Guerrero.

—Es tuyo, dijo el general, y abrazó á sus valiantes soldados, á sus compañeros de fortuna y de vicisitudes.

II.

La fortuna seguia los pasos del caudillo; llegó á Tecozautitlan, donde derrotó á Lamadrid, alcanzándole en la retirada: se hizo de su artillería, ocupó el cerro del Chiquihuite, y apénas retrincherado, sostuvo un formidable ataque de dos mil realistas, á quienes rechazó valientemente.

Emprendió una falsa retirada de Alcosauco, y tornó en el silencio de la noche con tanta rapidez, que derrotó á los piquetes de Lobera, Cataluña, Santo Domingo y dragones de la reina.

Consumáronse el dia siguiente terribles ejecuciones, entre ellas la del comandante Combe, que reusó la vida antes que abrazar la causa de la insurgencia.

Siguió el caudillo á Tlamaljacingo del Monte, donde estableció una fundicion de cañones, elaboró pólvora, construyó municiones y dió forma á su ejército

Situase en el cerro del Alumbre; derrota al enemigo que conducia un convoy, dá la batalla de Hostocingo, ataca á Armijo en la Caballería, donde está á punto de caer prisionero, derrota en Amatlan al conde de la Cadena, triunfa en Huamostitlan, es derrotado en los Naranjos, reaparece en Pixtla, y persigue vencedor á los realistas; y se vuelve al centro de todas las partidas que vienen en fuga acribilladas por el enemigo.

Todos le buscan instintivamente, todos quieren militar á sus órdenes, y un nuevo íris de esperanza aparece sobre la faja de las montañas, anunciando el dia espléndido de la independencia de América.

Aquella ola crecia y se encrespaba en el mar revolucionario, amenazante y terrible como la justicia nacional.

Entre tanto los realistas tomaban la revancha, y no pasaba

un solo dia sin perpetrar asesinatos, de los que se resiente aun la humanidad.

Guerrero libertó á los pueblos de ese azote, levantó las Mixtecas, que se portaron heróicamente, y recorrió victorioso las costas abrasadas del Sur.

Juan del Cármen, guerrillero de primera fuerza, iba siempre á la vanguardia de los insurgentes, como la manifestacion del valor temerario.

No es posible numerar los combates y encuentros parciales de los insurgenses, porque este libro es mezquino en sus páginas.

Los muros acribillados de las ciudades, los pueblos incendiados, las ruinas amontonadas que aun se encuentran en los valles y los desiertos, y la tradicion viva de nuestros padres referida aun hoy en nuestros hogares, atestigua lo terrible y grande de ese movimiento.

Quedan aun algunos de los que presenciaron aquellas escenas, son pocos, y el autor de este libro ha recojido de sus lábios, leyendas sangrientas que alguna vez verán la luz pública.

El volcan estaba en los momentos supremos de su erupcion, cuando Calleja ascendido á virey de Nueva-España por sus méritos en la primera época de la insurreccion, tuvo noticia de que llegaria muy pronto á las playas mexicanas, don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, á sustituirle en su encargo.

El tígre de Calderon informó á la Corte de Madrid, que todo habia concluido, y que los insurgentes quedaban reducidos á bandas de ladrones.

He aquí el solemne mentis al informe de Calleja.

Desembarcó el virey Apodaca en Veracruz, escoltado por los rejimientos Fijo de México y Puebla, que estaban en la Isla de Cuba.

Emprendió desde luego su marcha á la capital.

Los insurgentes se apoderaron de San Juan de los Llanos, en espera del conde del Venadito.

A la madrugada de ese dia salieron las guerrillas hasta el punto de Vicencio, donde esperaron la real caravana.

Como á las once y media de la mañana, se dejó ver el acompañamiento del virey, compuesto en su mayor parte de aduladores

Los insurgentes se arrojaron de improviso sobre la fuerza.

Los ayudantes le presentaron un caballo al virey, que estaba atarantado y confuso en aquel lance inesperado.

Las tropas espedicionarias desconocian la táctica de los insurgentes, y se encontraron envueltas cuando menos lo creian.

Formaron martillo, hicieron algunos movimientos; pero todo en el mayor desórden.

El virey estaba á punto de caer prisionero, porque su tropa vacilaba por momentos.

En lo mas reñido de la accion, y cuando ya estaba al consumarse la derrota, se dejó ver en el campo á Márquez Donayo con una division; esta circunstancia hizo emprender la retirada á los insurgentes, llevándose multitud de armas y prisioneros.

La caballería de Donayo no pudo darles alcance, por lo fangoso del terreno.

Algunos dispersos cayeron en poder del enemigo.

Lances atrevidos como este, llenan nuestra historia.

III.

Volvamos á los personajes de nuestra novela.

Las montañas están pobladas de insurgentes y de realistas, que traban escaramuzas y combates á todas horas.

En aquella lucha los vencedores de hoy son vencidos mañana, y la guerra sin cuartel no tiene término.

En lo profundo de una de esas barrancas que están en el corazon de la Sierra, hay una gruta natural formada por alguna corriente, segun puede observarse por las huellas del agua; sus filtraciones son perpetuas, produciendo una humedad y un frio perpetuos.

Sentados sobre las rocas están algunos soldados realistas, que traen encadenado á un prisionero.

Los caballos apagan su sed en la corriente que atraviesa entre las quebraduras.

El capitan Jacinto Castaños está recargado al tronco de un árbol, entregado á la soledad oscura de sus pensamientos: el tiempo y las desgracias han dado un tinte sombrío á su rostro, quemado por el sol y el aire de las montañas.

Su mirada torva se ha sublimado en aquel constante sufrimiento de su alma, y el aspecto todo de aquel hombre es repugnante.

Sus vestidos están estropeados por las caminatas; solo sus armas relucen por el juego constante de la guerra.

Jacinto parece reflexionar sobre algun asunto que lo preocupa de una manera incisiva: sus miradas caen á plomo sobre el prisionero, que con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, es presa de una desesperacion callada.

Brilló algo de siniestro en el rostro de Castaños; dirijióse á sus soldados haciendo seña de que despejasen.

Fonterravía y Jacinto quedaron solos.

—Es preciso, señor capitan, dijo Castaños, que esta situacion tenga algun término.

—Lo deseo vivamente, contestó Edmundo; ansío la muerte, que pondrá término á mis sufrimientos.

—Es necesario hablar por última vez.

—Ya escucho.

—Usted es español, y su gobierno le habia confiado sus armas para que lo defendiera, ¿no es verdad?

—Es cierto.

—Al principio fué usted el mas decidido campeon de la causa del rey, hasta caer prisionero combatiendo por la bandera española; despues esas armas se han tornado contra nosotros.

—Usted no puede comprender el misterio que se encierra en mí.

—¿Podria usted esplicármelo?

—Nunca.

—Pues entonces es preciso resignarse á morir.

—Yo sé, dijo Fonteravía, que no son motivos políticos los que precipitan el desenlace de este drama....

Jacinto se estremeció.

—Hay algo en el corazon de usted que lo impele á la venganza, y yo soy una de las víctimas escogidas por su furor sanguinario.... la presencia de usted en la casa del general Bravo, el acceso de locura que acometió á usted en aquellos momentos, la rabia de que se posesionó al aspecto de sus protectores, todo me indica que hay algo terrible que....

—Calle usted, calle usted, dijo Castaños; yo nada quiero recordar.

—Entre usted y la familia de los caudillos hay un mar de sangre inmenso: usted asistió á las ejecuciones de don Leonardo y de don Miguel Bravo: usted, testigo mudo de esas escenas de matanza, fué á aliviar sus rencores junto al patíbulo de los héroes.

—Es verdad! gritó Castaños; ellos me llamaron al combate, y yo he aceptado.

—Ellos, contestó con ira Edmundo, sirvieron de abrigo á toda la familia; ellos le han prestado á usted la sombra de su cariño en sus primeros años, alimentando en su seno la víbora que debia volverse contra su corazon!

—Así como usted guarda un secreto, yo tambien le tengo; pero impenetrable.... mis antecesores todos forman una cadena trágica que ata mi existencia.... yo voy impulsado por el aliento de la fatalidad!... no busque usted la causa en los afectos vulgares, porque de arriba es de donde viene la maldicion que cae sobre mi frente... yo he nacido para el esterminio de los mios... soy una sombra maldita, y estoy predestinado al mal.... en mi sangre se infiltra un veneno que corroe cuanto alcanzan mis ojos y tocan mis manos.... capitan Fonterravía: soy digno de compasion!

El acento de aquel hombre se dulcificó por algunos momentos; el llanto apareció en sus pupilas, y refrescó aquel corazon cubierto con la lepra del crímen.

—Sí, continuó; yo he nacido en hora aciaga... mil veces he querido retroceder ante ese abismo, cuyas sombras envuelven mi alma en la tribulacion.... sí, me he querido detener en la pendiente; pero mis plantas resbalan en la sangre!

—Sí, dijo Fonterravía; usted era bueno: la fatalidad lo hizo salir de aquella paz que disfrutaba en el fondo del hogar.... muerto el anciano Blas por una vicisitud inesperada, el horizonte se enlutó, y....

—Desde aquel dia, esclamó llorando Jacinto, no he vuelto á nombrar á mi padre, y ahora se renueva la antigua herida.... soy un criminal.... un parricida!... merezco la muerte!

Exaltóse el cerebro de aquel desgraciado, y sus facultades mentales se turbaron con el recuerdo sangriento de su padre.

—Ya no hay remedio! gritó furioso; esas cenizas no pueden levantarse sino para maldecirme... adelante, furias del infierno!... adelante!... yo quiero víctimas.... mis fauces están secas, y su ardor solo se calma con sangre!.... Paso! paso!... hola, soldados, aquí!... aquí!

Los realistas acudieron á la voz de su capitan.

—Agarrotad á ese hombre!

Uno de aquellos verdugos sacó dos cadenas que traia preparadas: puso una al cuello del prisionero y otra al pié, remachandolas á golpe de martillo, y haciéndole sufrir dolores terribles.

Clavaron las almellas á las rocas, y Fonterravía quedó adherido á las piedras como Prometeo.

—Bien! gritaba Castaños: así, así lo quiere mi venganza!

Acercóse á Edmundo para gozarse en su tormento, cuando descubrió sobre el pecho el escapulario con la *esmeralda*, que ya hemos dicho era absolutamente igual al suyo.

Precipitóse como una fiera; rasgó con los dientes el amuleto y se apoderó de la *esmeralda*.

—¿Qué es esto? gritaba con estupor.

—Es la herencia de mi familia, esclamó Fonterravía.

—Luego tú eres descendiente de Xicoténcatl!

—Sí; hé aquí el misterio que no queria revelarte.

—Piedra-Santa, tú y yo! gritó Jacinto: los últimos vástagos de esa familia que ha atravesado tres siglos en pos de la venganza! . . . yo he nacido para contrariar los vaticinios. . . . soy el enemigo de mi raza!

—Miserable! esclamó Fonterravía: has bebido el licor emponzoñado de la traicion; pero el destino es inexorable. . . . morirás, sí; morirás, porque el dia de la libertad se acerca! . . . no está en tu arbitrio detenerle. . . . ya está en tu mano la *esmeralda*. . . . tú ó Piedra-Santa reunirán el collar de Xicoténcatl, y entonces la América será libre, y sobre nuestras tumbas se dejará oir el primer grito de emancipacion!

—Yo contrariaré el destino. . . . no, no morirás, porque está escrito que mientras exista uno solo de nosotros, la América vivirá encadenada, y yo gozo con su esclavitud. . . . Vive, sí, vive, y que la lucha se prolongue. . . . todos ignorarán que mientras alientes, el triunfo se aplaza.

—Te engañas, hijo de Tizoc: el momento ha llegado; nuestros mayores jamas se conocieron. . . . yo he venido de tierras lejanas con el amuleto, y los tres herederos nos encontramos juntos en el suelo americano. . . . este mismo combate en que entramos, augura el postrer instante de nuestra vida. . . . moriremos los unos á manos de los otros. . . . ya no tendremos descendencia que nos herede. . . . la aurora de la libertad aparece en el horizonte!

—Aun es tiempo, gritó Castaños; los tres vivimos!

—Mátame, sí; con mi muerte abro tu sepultura!

—Dios tenga piedad de tí! esclamó Castaños, y saltando sobre su caballo se alejó á todo escape, seguido de sus ginetes.

CAPITULO IV.

La monja espirituada.

I.

Toda la familia del general Bravo habia presenciado la escaramuza en que los insurgentes hicieron retirarse á los realistas, llevándose prisionero al capitan Edmundo Fonterravía.

La esposa de este desgraciado se sintió desfallecer bajo el peso de aquella espantosa desgracia; pero uua reaccion violenta se apoderó de su alma, y sin que nadie pudiera detenerla, marchó atrevidamente en pos de su marido.

Vildo, aquel noble y servicial insurgente, se prestó á hacerle compañía, y los dos se echaron á andar sobre las huellas del enemigo.

—Va su mercé á esponerse demasiado, decia Vildo; no conoce lo que son estos *coludos*.

—No importa; si tienes miedo déjame sola: yo no quiero comprometer á nadie.

—Que no es eso, señorita: uno es decir que jugamos la pelleja en este negocito, y otro afirmar que tengo miedo. . . . no faltaba